
CAPITULO XI

Noviembre.

A medida que se acercaba el fin de año, tanto más á menudo pensaba en que habría ya abandonado la *Carrozza di Tutti*, que había sido durante tanto tiempo mi pensamiento fijo; y presentía que aquellas jornadas diarias serían tristes para mí como para los novelistas separarse del mundo de su novela, con la diferencia de que yo no me separaba de fantasmas, sino de gentes vivas. Indudablemente continuaría frecuentando el tranvía, y vería también á mis personajes y las escenas y casos curiosos que ya había presenciado, pero con la mente ocupada por otros pensamientos, no observando sino al acaso, no haciéndolo ya con el propósito fijo, no aguzando el oído, ni buscando, ni interrogando á mis personajes familiares, como lo había hecho antes, y todos irían desapareciendo de mis ojos para volver á entrar de nuevo, acabando por perderse entre la multitud.

Sí, con el año noventa y seis habría terminado

un año verdaderamente singular de mi vida, y aunque deseaba su fin para volver á reconquistar mi libertad de espíritu, hubiese querido al mismo tiempo que se alargara el año, y por eso, sin duda, multipliqué los trayectos en aquel último período, y busqué y observé con acuidad más grande, acontecimientos y personas como para vivir más intensamente y prolongar en mi pensamiento el breve período de tiempo que me quedaba. Entretanto, habiéndose descubierto algunos de mis designios, empezaba á verme mirado por los cocheros y cobradores con una expresión insólita de curiosidad, bastante distinta de la manera como antes me miraban.

Algunos, cuando les interrogaba, me miraban con aire de estupor cómico, como á un animal raro ó como á un loco quizá, que pensara hacer de ello una cosa estrambótica, inaccesible, á todos los esfuerzos de su imaginación. Otros pensaban, quizá, que quería yo dar una gran batalla con la *pluma* en favor suyo, y queriendo demostrar que me ayudarían en mi propósito, me soltaban á la menor pregunta un discurso interminable acerca de la paga escasa, de las exigencias de la empresa, sugiriéndome propósitos de reformas y argumentos de orador tribunicio.

Algunos encontré también que sospechando que yo pudiera ser un empleado de la policía de la «Belga» ó de la «Turinesa», una mala persona, que con el pretexto de escribir una novela quisiera hacer hablar á los empleados acerca del concepto que les merecía la Administración que les empleaba, se mantenían en guardia á la más inocente de mis preguntas, aunque no pudiera remotamente tomarse como un argumento para hacerles hablar de la Compañía, respondían afirmando que no sabían nada de lo que les pre-

guntaba, porque no lo habían advertido, que solamente procuraban cumplir con su deber, que estaban bien considerados y que... ese *y qué* quería decir:

—«No me he tragado el anzuelo; busque usted otro».

Quien acertó mejor mi pensamiento fué Carlín, quien durante la primera noche de Noviembre, en el tranvía de las afueras, se plantó enfrente de mí sonriendo, y con el aire de quien ha descubierto en un amigo la intención de burlarse de él:

—¡Ah!—me dijo,—¿quiere usted ponernos á todos en verso?

*
* *

Aquel que busque un espectáculo curioso, no debe dejar de hacer un trayecto en el tranvía durante el día de Todos los Santos, pudiéndose ver entonces una gran multitud, cosa que no es frecuente en Turín:

Por el paseo Margarita, por todas las líneas que van al centro de las orillas del Dora, sobre el puente, sobre los caminos del Parque Regio,

por todos los senderos y travesías se advieren cien procesiones humanas que se dirigen al cementerio, cien torrentes y arroyuelos negros que llevan entre sus ondas lentas una profusión admirable de flores, como si hubiesen despojado en su carrera todos los jardines de las cercanías de Turín. El tranvía rompía en dos aquella gran muchedumbre de gente, familias numerosas como tribus, en las que se advertía así el abuelo encorvado por los años, como el chiquillo que va de la mano de su padre, precedidos por otro hombre más robusto, que llevaba una gran corona, filas de hombres y mujeres con coronas pequeñas en las manos, que se abrían en ala por un momento al pasar nosotros, mostrando infinita variedad de rostros pensativos, tristes, serenos, algunos marcados con las huellas de un dolor reciente, y los más delatando la indiferencia y el hastío, y toda aquella gran multitud caminaba en silencio como un ejército desarmado y prisionero. En la jardinera había un verdadero montón de coronas y guirnaldas, puestas junto á la barandilla ó sostenidas junto á las rodillas de las señoras y de las mujeres del pueblo; algunas coronas de violetas, pensamientos y rosas, eran muy hermosas. ¡Oh, «coche de todos», pequeño panorama del mundo por diez céntimos!

Estando de pie, en el fondo, vi dentro del vano de una gran corona de mirtos y de siemprevivas, las cabezas de un joven y una muchacha que se arrullaban en el banco delantero, y aquel idilio encerrado en el marco de una corona fúnebre, me hizo pensar en aquellas otras palabras de amor que se habrían cambiado en otro tiempo, y en tantos enamorados que habrían visto truncado el curso de sus amores por la guadaña de la muerte. Una pobre mujer sentada delante

de mí tenía entre las manos una pequeña corona de crisantemas y violetas de poco precio, que debía estar destinada á un niño; hablaba con voz dolorida á su marido, que no la contestaba.

¡Qué compasión me inspiró! Por algunas palabras que oí, se comprendía que la corona le parecía demasiado pobre é indigna de su querido muertecito, y que acusaba á su marido de avaricia cruel, y del dinero que había gastado en la taberna en lugar de comprar una corona más hermosa.

—¡Pobrecito!—decía.—¡Pobrecito hijo mío!

Su acento de compasión y tristeza llegaba al alma, y miraba la corona que tenía entre las manos, con el aire de una niña desilusionada y humiladla por el regalo largamente anhelado, lanzando ojeadas de envidia y tristes á las otras coronas más grandes y ricas que estaban á su alrededor. Con estos pequeños dolores se sufre á veces más que con los grandes, y causan más pena. Debí volverme al otro lado cuando la pobre madre bajó en el puente Benne; debí mirar hacia el paseo San Mauricio, de donde llegaba otro tranvía lleno de gente y de coronas, cortando una gran procesión, larga, que venía de la calle «Rossini» á la de «Reggio», parecía también un torrente, sobre cuyas aguas flotaban todas las flores destrozadas que había en sus orillas.

*
* *

Hice el mismo trayecto el día de Difuntos, pero la gente era poca y velada por una niebla espesa, entre cuyas ondas las filas de gente más

lejanas aparecían como procesión de sombras que viniesen desde la ciudad al cementerio, después de haber rezado ante la tumba de sus deudos ó parientes. Parecía una tarde de invierno. En la jardinera iban pocas personas.

Toda mi atención se fijó en una cosa. Estaba sentada en uno de los últimos bancos una señora de unos cuarenta años, que llevaba vestido de seda negro, ajado, con un sombrero negro y una pequeña corona de perlas negras entre las manos, sobre la cual se veían dibujadas dos iniciales. Las rosas que llevaba en su sombrero, aunque pálidas y ajadas, parecían frescas y de un color vivo, comparadas con la palidez cadavérica de su rostro, chupado en las mejillas y seco como el de una momia, y sobre el cual brillaban con llama febril dos ojos dilatados y fijos, expresando un dolor mortal, una tristeza infinita.

Aquel vestido marcaba las formas, no de un cuerpo, sino de un esqueleto, y sobre la piel de su rostro y de su cuello se transparentaban las venas, como si fuesen las líneas de un escrito mortuorio. La corona decía:

—«Estoy afligida.»

El vestido:

—«Soy pobre.»

El rostro:

—«Estoy moribunda.»

Parecía que llevase aquellas flores al campo santo para sí misma.

Tenía el aspecto de una joven vieja; era, sin duda, una señora que había quedado en la miseria, quizá sola en el mundo. De repente la dió un acceso de tos; con un brusco movimiento apoyó un brazo sobre el respaldo delantero, inclinó la cabeza sobre su mano y se puso á toser, agitando á cada golpe de tos como si sintiera que un fuego abrasador la quemase las entrañas; y

enarcando la espalda huesosa y el busto largo, tan ancho en los hombros como en la cintura, como un tronco de árbol encorvado, al que un fuerte golpe de viento puede tronchar.

Tosía y tosía sin descanso, con una expresión de abandono desconsolador, haciendo mover las rosas del sombrero, y teniendo la corona alejada de sí, en el otro brazo para no estropearla. Tosí con una tos sibilante, fatigosa, implacable, que cuando parecía cesar un poco, volvía á empezar de nuevo más dura, y como si no debiese acabar nunca, como si fuese un torrente de palabras confusas, la revelación apasionada de una larga vida de miserias y de angustias, una invocación ardiente, obstinada, desesperada, hacia la muerte. Los pocos pasajeros que iban en el tranvía la miraban con expresión mezclada de piedad y de horror.

—Esta pobre—dijo hablando en voz alta el cobrador,—no llega á Navidad.

—¡Bruto!—le dije con el corazón y con los ojos.

Un muchacho volvióse hacia ella y se puso á reír.

Finalmente, cuando el tranvía llegó á cien pasos de la plaza de la Benne, la desdichada cesó de toser, y levantando la cabeza miró si la corona se había ajado, palpándola con su mano de muerta; luego, como recordando de pronto el espectáculo que había dado, volvió hacia los vecinos su mirada velada, humilde, casi vergonzosa, como quien trata de dar una excusa de una ofensa involuntaria, y levantó hacia adelante un brazo, que parecía un hueso, para hacer parar. No puede juzgarse el corazón de la gente inculta por una palabra estúpida salida de sus labios.

Carrozza di tutti.—Tomo II—11

El cobrador que había dicho que no vería aquella infeliz la Navidad, saltó primero que ella del carruaje, y con un movimiento de respetuosa cortesía, la dió la mano para ayudarla á bajar. Yo no hubiese dicho las palabras que dijo él, pero no hubiese hecho lo que él hizo.

*
* *

Durante los primeros de Noviembre sentí otra tristeza. Una mañana lluviosa y melancólica, subiendo en la plaza del Statuto en el tranvía del Martinetto, encontré á Carlín, que me dirigió la palabra para expresar un caluroso sentimiento de admiración.

—¿Ha leído usted?—me dijo lleno de entusiasmo. —¡Qué Kossuth! Eso es un viejo de puño. ¡Desafiarse á su edad! Pueden decir lo que quieran; pero ya no nacen hombres de esa clase... Eso, eso me gusta.

Había leído en los periódicos la noticia del duelo habido en Pesth, entre el diputado Kossuth y Ugrón, por una cuestión política, y creía que se trataba del padre de Kossuth, muerto hacía algún tiempo. Conocía al gran hombre por haber-

sele enseñado una vez en el tranvía en la línea de la Carrera de Casale, y le parecía milagroso ciertamente que aquel hombre tuviese valor para batirse. Cuando le dije que el duelista era su hijo, y que el anciano á que se refería había muerto el año anterior, quedó estupefacto. Luego, habiéndosele esclarecido la memoria, y para disimular la vergüenza de su error, hizo girar la conversación sobre el talento de Chionio, el autor de «Pronósticos del tiempo», quien había predicho que llovería aquel día.

—He aquí otro gran hombre, una cabeza que honra á Turín.

Entretanto, habíamos llegado á la calle de Garibaldi. Pasada apenas la esquina de la calle de las Escuelas, el tranvía debió de detenerse ante el paso de una comitiva fúnebre: un mezquino coche mortuorio de tercera clase que llevaba por todo lujo una pequeña corona, precedido de una veintena de «figlie verdi», y seguido de un sacerdote y de pocas personas, la mayor parte viejos encorvados que se ocultaban bajo los paraguas. Una cosa mísera y triste, más de lo que se podía pensar nadie, caminaba bajo aquella agua implacable por aquellas calles rumorosas, donde ninguno se volvía siquiera á mirar en mitad de aquellas paredes tapizadas de anuncios teatrales, lavados por la lluvia. En tanto que notaba que la mayor parte de aquellos viejos llevaban una flor en el ojal, vi de repente bajo el carro un pequeño perro que creía reconocer... Sí, era «Ciuchetto». ¡Oh, pobre veterano mío! ¡Era él á quien llevaban al cementerio! Y efectivamente, volvíme para mirar la puerta de donde había partido el carro mortuorio y vi que era el número 43, la casa de donde había visto salir tantas veces al buen viejo, con la mano en alto para indicar al

cochero que parase. ¡Pobre veterano mío! ¡Le había encontrado la última vez tan contento de su estancia en el lago de Avigliana, y hablando del matrimonio del príncipe de Nápoles, que me parecía imposible que hubiese muerto. Y aquella misma mañana, en aquella misma hora y en aquel mismo sitio, había hecho parar el tranvía, pero no alzando la mano para indicar al cobrador que parase, no para subir á él: había subido sobre otro carruaje todo entero para él y que se dirigía fuera de las murallas; y su pobre «Ciuchetto», su último amigo, le acompañaba por última vez, quedando solo y sin pan, como tristemente había previsto el buen veterano. Este había ya cumplido su camino, y el pobre viejo iba á descansar en paz; pero aquel pobre perro, lleno de lodo, que iba á la cabeza del cortejo como el pariente más próximo, abandonado y triste como un huérfano, inspiraba más compasión que el carro fúnebre que se llevaba para siempre á su amigo, y durante un gran trecho no pude apartar mi imaginación del pobre perro que, indudablemente, debería volver solo del cementerio á la gran ciudad, donde ya no tenía techo y donde no le amaba ya nadie.

*
* * *

Fué el maestro de los sonetos el primer encuentro agradable del mes, agradable, no por su mérito, sino por la gracia del caso. Le vi en un momento bueno para él, hacia la caída de la tarde de un

día festivo, sobre la plataforma de un tranvía donde había ya más pasajeros de los que cabían, apretados de tal manera, que no hubiese yo podido hacer el más insignificante acto de defensa; pero con gran sorpresa mía no me embistió de pronto. Estaba de un humor horroroso, con los bigotes erizados como las púas de un puerco espín, furibundo contra el director de un periódico literario que había rehusado sus versos; un asno, que «había desechado» un canto anónimo de Leopardi, y llenaba en cambio las columnas del periódico de porquería.

—Debe usted conocerle—dijo, sin intención de molestarme,—pues ha publicado varias cosas suyas.

Créame ya libre de todo soneto, cuando añadió:

—Oiga usted lo que ha despreciado... Un soneto que es un verdadero poema en catorce versos...

Me consideré perdido; pero me salvé. Subió en aquel momento á la plataforma, riendo sonoramente, una hermosa muchacha rosada, desvergonzada, tan abundante en carnes como en pelo, graciosa, y como si tuviera los diablos en el cuerpo, la cual se metió, quieras que no, entre aquel montón de carne humana, y cortó en boca del poeta el primer verso. Trató de entrar por la puerta en el interior y no pudo conseguirlo, lanzando entonces una frase no muy alta ni muy decente; luego volvió hacia atrás, y á derecha é izquierda y en medio minuto incomodó á todos, rió con todos, y á cada sacudida del tranvía, caía, tan pronto sobre uno, como sobre otro pasajero, que la aguantaban riendo y dirigiéndola frases atrevidas, á las que contestaba ella con una carcajada, haciendo oler á todos los cabellos y su hálito. Fué un espectáculo hermoso que produjo

el centelleo de los ojos de todos, sin distinción de edades ni de clases. Parecía la caída de una cerilla en mitad de un rastrojo. Había á su alrededor operarios, padres de familia, un consejero del Tribunal Supremo con una cara que parecía el frontispicio del Código, un viejo empleado de la Intervención de Hacienda, estudiantes que se habían mirado de través hasta aquel momento, y que ya se habían reconciliado ante aquella muchacha; en todos los ojos leíase la misma chispa como sintiendo un deleite común, al igual de las gentes que beben juntas chorreando los vasos. ¡Eterno femenino! Hasta el poeta, atacado por el contagio tenía fijos los ojos sobre aquella cabellera descompuesta é incitante, que de vez en cuando tocaba sus mejillas, y me pareció que alguna vez se velaban sus ojos y hacía un movimiento indagatorio con las rodillas; pero al mismo tiempo leí en su boca la expresión de otro sentimiento; era un sentimiento de despecho, una humillación amarga, al pensar cuán poca cosa debía ser la potencia de su poesía, su consuelo y orgullo, puesto que bastaba la aparición de cualquiera muchacha llena de calor, no solamente para distraer á los otros de escucharle, sino para llenar su propia mente de un orden distinto y cambiar por otro el fuego sacro que sentía por la poesía. Cuando la muchacha, después de haber lanzado una ojeada burlesca que mostraba la conciencia del efecto que producía, bajó de un salto, abrió el poeta la boca para volver á empezar; pero bajando yo también, no tuvo sino el tiempo necesario para lanzar la primera mitad del primer endecasílabo, que me quedó clavado en la espalda como un dardo roto.

*
* *

El segundo encuentro fué con Desbottonass, en la tarde de un domingo en el paseo Cairoli, en un estado miserable. Subió á la plataforma sostenido por su mujer, gris y triste como el cielo, y apenas estuvo arriba, se aferró al montante y resistióse obstinado en no atender las súplicas de la mujer que quería llevarle hacia dentro por temor que se cayera. Quedóse allí agarrado con una mano al hierro, y apoyada la otra en la barandilla, tambaleándose su cuerpo apenas sostenido por sus enflaquecidas piernas, fijando estúpidamente la mirada sobre los carriles, que le parecían huir en dirección contraria al tranvía, como hubiera marchado un agua corriente, y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Había decaído mucho desde la última vez que le vi en la línea de la Crocetta. Tenía el rostro colorado y reseco, empequeñecido como el de un muchacho; la boca abierta y torcida como si no hubiese nunca masticado, con una expresión de desprecio y de náusea, de la cual se escapaban palabras involuntarias, como si contestase continuamente sí ó no, á las preguntas de un fantasma.

El pobre ya no servía para discutir de política; no podía alabarse de pertenecer á la *oposición*; pero era más triste el espectáculo de su mujer, en cuyo rostro se veía un resto de cariño por él, á pesar del odio que contra el destino suyo, bien triste, le había hecho poco á poco sentir aquel hombre, obligándola á llevar una vida de suplicio como un prisionero encerrado en la celda de un loco. En un momento dado, el hombre levantó la cabeza y me miró con una mirada de estupor profundo, como si se hubiese abierto el cielo ante él, una mirada tal, que pensé en seguida que era imposible que me reconociera. Luego sonrió con una sonrisa estúpida, en la cual se transparentaba la intención de una burla provocativa, y movía los labios como para vomitar una injuria que no pudo articular. Hallábase en aquel punto, en el cual el veneno acumulado del alcohol se transforma, en un borracho, en un odio contra todos, es decir, en el deseo de *ofender* al primero que encuentran en su camino, sin razón, y nada más que por complacer al demonio que les muerde las vísceras. Al ver aquel espectáculo, al contemplar al hombre destrozado, pensaba con compasión inmensa en aquel pobre sér que se había batido por su país, que había admirado y amado calurosamente á los hombres políticos, que un solo recuerdo mío á su Garibaldi había bastado para avergonzarse de un acto brutal; pero pensaba asimismo que ahora, aunque hubiese estado menos borracho, ninguna palabra, ningún recuerdo hubiera despertado sus sentimientos del pasado: ni de soldado ni de patriota, nada hubiese sido suficiente para despertar en él ningún sentimiento noble, ni para despertar en su inteligencia ninguna memoria. Y continuaba lanzándome miradas con aquella expresión estúpida en los labios babosos, moviendo la cabeza con ademán de

desafío, intentando y no logrando lanzar fuera el insulto que se movía en su garganta, como el catarro de un moribundo en la laringe abrasada del bebedor empedernido. De improviso, como si hubiese sentido una sacudida en las piernas, se dobló y cayó sobre la plataforma. Su mujer dió un grito y se inclinó para levantarlo, desahogándose en atroces palabras, que expresaban la rabia y el dolor hasta entonces comprimidos.

—¡Asqueroso! ¡Asesino! ¡Ya te lo había dicho! ¿Esta es vida propia para una mujer? ¿Tú quieres hacerme morir á fuerza de disgustos, eh?... Arriba, levántate, puerco, bestia, arriba.

El cochero paró; el hombre fué levantado por él y por el cobrador; bajáronlo del carruaje y le pusieron sobre la acera, y el tranvía reemprendió la marcha. Vi todavía durante un rato el cuerpo inerte, tendido como un cadáver, con la cabeza desnuda caída sobre el pecho, y al lado suyo la mujer que continuaba gritando con el puño tendido como si esparciese en el aire todo el odio de su sexo, contra el veneno infame, que cambia la casa en infierno y dá hijos maldecidos, predestinados al hospital, al lupanar ó á la cárcel. Luego un grupo de gente le ocultó á mi vista. Y presentí que no le vería ya más.

*
* *

Relucía el sol como el oro bajo un cielo de Noviembre, terso y pulido como el acero. Subiendo en la línea de la calle de Francia, encontré de

pie en la plataforma posterior, con su saco inseparable, á la anciana de Pozzo de Strada, no transformada, como decía Giors, pero sí con el rostro agrandado, los ojos más dilatados, y como si se hubiesen borrado las arrugas de sus mejillas. Transparentaba todavía su mirada un pensamiento fijo; pero este pensamiento era:

—Estoy vivo.

Había todavía en aquella frente una sombra de tristeza, pero de una tristeza en la cual el hijo suyo no se le aparecía ya tendido en tierra y ensangrentado, sino de pie, con los ojos tendidos hacia ella, como si dijeran:

—¡Valor!

—¡Un día nos veremos!

Cerraba los ojos de cuando en cuando y su rostro expresaba entonces la voluntad de volver á la vida, después de tantos años como parecía haber estado suspendida, con la obstinación invencible de quien espera un socorro todavía lejano, pero seguro de que ha de llegar. Era el día 15. Son fechas que no se olvidan nunca. Estaba á mi lado un caballero con la espalda apoyada en la barandilla y la *Stampa* entre las manos: aquella mañana no había leído yo el diario, cuando en una hoja que tenía desplegada, leí al principio de una columna un título en grandes caracteres, que me llamó la atención.

«La paz con Abisinia. La restitución de los prisioneros.»

Poco faltó para que le arrancara el diario de la mano. Miré á la anciana; ella lo ignoraba sin duda. Dije entonces al oído del caballero que aquella mujer tenía un hijo prisionero del Negus, y que no sabía que se hubiese hecho la paz, añadiendo que si me hiciera el favor de dejarme el diario, la daría la noticia. El se volvió para mi-

rar á la mujer, pero no me dió el periódico. Era también un artista del sentimiento.

—¡Diablo!—exclamó.—Ya se la daré yo mismo. Y la apostrofó casi con violencia:

—Buena mujer, se ha hecho la paz. ¿No lo sabía? Helo aquí. Aquí está el telegrama en el diario. La noticia ha llegado esta noche, pero la paz está firmada desde el 26 de Octubre. Esto quiere decir que vuestro hijo está libre desde hace veinte días. Los prisioneros se han puesto en marcha para el Harrar, apenas se firmó el tratado. Se calcula que estarán dentro de un mes en el Harrar... En veinte días llegarán á Zeila... se embarcarán en Zeila el primero de año. Así, pues... antes que acabe el mes de Enero le tendréis aquí... ¿Queréis ver el periódico?

Que no hubiese comprendido nada, ó que la admiración suspendió en ella todo otro sentimiento, la vieja no dió en el primer momento ninguna señal de conmoción; tomó el diario, fijó la vista en el punto indicado, con una mirada muerta de analfabeta, y luego miró de pronto al caballero, arrugando la frente como para preparar su inteligencia á las explicaciones que sus ojos pedían.

—¡Oh, santa paciencia!—exclamó el caballero sonriendo.—Y sin embargo, he hablado claro. He aquí la noticia por telégrafo. Está hecha la paz en Abisinia. Menelik, el rey de aquel país, restituye los prisioneros. Vuestro hijo está libre. ¿No tenéis un hijo prisionero allá abajo? Pues bien, dentro de un par de meses estará en Turín.

Entonces, finalmente, cambió su rostro de expresión poco á poco; y luego, con un movimiento brusco, volvió la espalda, apoyó la frente contra el montante, y se puso á sollozar, como escondiéndose, de igual manera que los niños se retiran á un rincón para llorar.

El caballero se puso á reír, pero con la boca contraída. Luego se inclinó para recoger el diario, que la anciana había dejado caer, lo dobló cuidadosamente y se lo puso sobre el saco. Poco después levantó ella el rostro y sonrió como si viera el mundo cambiado; parecía rejuvenecida; tomó el diario, dió las gracias y preguntó al caballero si en aquel papel estaba escrito cuanto había dicho. La contestó que sí. Ella se metió el periódico en el pecho con mucho cuidado. El tranvía pasó en aquel momento por delante de la iglesia de San Dámaso: hizo la señal de la cruz.

—Así, pues—la dije,—¿volveréis á ver á «Giacolín?»

Sonrió y no pareció extrañarse de que yo supiera aquel nombre que para ella representaba el mundo entero; pero como si en aquel momento estallaran en su mente todos los dolores y angustias sufridos durante un año, se obscureció su frente, y levantando la cabeza, con la vista fija en el cielo, exclamó con acento de tristeza inexplicable, temblorosa y firme á la vez:

—«¡Ah, nunca creí padecer tanto!»

Luego levantó de nuevo la cabeza, y cuando bajó con el saco apretado contra su pecho, al pasar por delante del caballero del diario, sonrióle con los ojos humedecidos, y le puso una mano sobre el hombro, con un acto cariñoso y maternal.

*
* *

Aquellos días el frío empezaba á dejarse sentir, y los últimos veraneantes habían vuelto ya, y Turín había recobrado de nuevo su aspecto inver-

nal; el tranvía tenía únicamente carruajes cerrados, y la circulación de la vida ciudadana estaba en todas las líneas en pleno vigor. Un accidente frecuentísimo me hizo conocer de esta vida fugaz un detalle extraño que todavía no conocía yo. Era en el tranvía de las afueras, hacia la caída de la tarde. Delante del café Liguria, un carronato tirado por tres caballos, cargado con enormes troncos de leña, había quedado enclavado entre los carriles del tranvía, impidiendo el paso de los carruajes. El carretero, dando latigazos á los animales, soltando ternos, moviendo los brazos, y haciendo todos los esfuerzos imaginarios para hacer andar á los caballos, no conseguía arrancar el carro del bache. En pocos minutos hubo diez ó doce carruajes detenidos, esperando que el obstáculo desapareciera, y era curioso ver todas aquellas máquinas pintadas de diversos colores, como casas ambulantes de saltimbanquis de feria, inmóviles una tras otra entre la niebla, atestadas de gente, sentada y de pie, que sacaban la cabeza fuera de las ventanillas para mirar el obstáculo, no lejano, moviendo los brazos en el aire con ademanes oratorios. Era una aglomeración de pulmones humanos llenos de impaciencia, por aquel incidente que retardaba sus citas de negocios y encuentros amorosos, sus visitas, sus ocupaciones de diversas clases, que provocaban en otras cien personas lejanas otras tantas inquietudes, otras desdichas, otras molestias. Un *laudator temporis acti* hubiese sonreído, diciendo que en un caso parecido los viejos ómnibus hubieran podido seguir su camino, en tanto que los tranvías, que los habían vencido y matado, quedaban prisioneros é impotentes. Sí, era aquello una humillación dura para un tranviófilo. Podían hacer progresos las máquinas locomotoras, pero el hombre que

allí estaba, presenciaba lleno de curiosidad aquel accidente, con el afán de distracción, como un escolar. Para mirar el espectáculo, había una verdadera multitud en la calle, bajo los pórticos, delante de las puertas, en las ventanas de las casas; y cuando no podía removerse el obstáculo y se cambiaron los caballos de todos los tranvías para hacer el trasbordo, un verdadero enjambre de pasajeros corrieron de aquí para allá en gran confusión; hombres y mujeres de todas edades y clases asaltaban la plataforma gritando, riendo, y con la efusión y alegría propia de colegiales excitados por una aventura extraordinaria, que rompe la uniformidad de su vida cotidiana. Después que cada tranvía emprendió su marcha, se notaba un gesticular anormal de las gentes que comentaban el gran hecho. Iba al lado mío mi amigo Schopenhauer, aquél de los siete pecados mortales.

—¡Que niño es el hombre!—le dije señalándole el espectáculo.

Y él, indicándome los tres caballos del carro, que el carretero continuaba fustigando sin piedad, me contestó con su sonrisa de costumbre:

—Niño, y tonto.

Luego añadió con acento de burla:

—Tú no ves nunca del hombre sino la mitad.

*

* *

En el día 18 encuentro una página referente al amigo Schopenhauer, en la cual se opone á su filosofía un argumento que demuestra que el al-

ma humana debe hacer consideraciones en todos los momentos de la vida. En realidad, formulamos cada quince días un nuevo juicio acerca de los hombres, y algunos hacen estos juicios cada veinticuatro horas. El argumento le encuentro durante la tarde del 18, en el tranvía del paseo de Vinzaglio. Estaban ocupados todos los sitios en el interior, menos dos: señoras, señoritas, dos muchachas del pueblo, un anciano que conocía de vista, y un par de hombres más. En el ángulo del paseo Víctor, subió una mujer... hubiese hecho mejor en no subir. No sé si el reglamento señalaba aquella infeliz criatura entre las que no se debe dejar entrar en el carruaje. Si acaso es así, no la vió al subir el cobrador. Era una mujer de unos treinta años, mal vestida, sin sombrero, que tenía en el rostro un antifaz negro. ¡En el rostro! La desgraciada no lo tenía: todo estaba devorado, desde la nariz á la boca, por un cáncer que parecía haberla roído hasta el hueso, y sobre la llaga horrenda, que el antifaz no tapaba del todo, á quien la miraba de lado, veíanse dos ojos grises, en los cuales se expresaba todo el dolor que puede soportar un alma humana. Yo estaba fuera; cuando ella entró y se sentó, advertí en todos los pasajeros un movimiento de horror. No querían mirarla, pero no podían, y volvían á mirarla, volviendo la cabeza con horror después de cada mirada. Pero la resistencia fué breve. Se levantaron primero las dos señoras que estaban á su lado y salieron á la plataforma á quejarse de que la hubiesen dejado subir; luego salió una tercera, y los demás se agruparon al otro lado del carruaje. Una sola quedó en el fondo, separada de la infeliz por un solo espacio de un puesto. Era una señora pequeñita, morena, con dos grandes ojos y el sombrero arru-

gado. Esta, después de un momento, se levantó, pero no para huir: echó una mirada al sitio que había dejado, como si hubiese advertido que el banco no estaba limpio, dió un paso á la izquierda y se sentó al lado de la mujer. Me parece oír á mi amigo que la llamó «doña Quijotina» de la compasión, y creí que se hubiese sentado á su lado atraído por ella. Pero no; no se hubiese sentado al haber visto la dignidad, tranquilidad y sinceridad hermosa, inapreciable de aquel acto. Una vez sentada, no dirigió mirada alguna á las señoras fugitivas, como una vanidosa hubiese hecho con aire de triunfo y de reconvención; no dirigió tampoco la palabra á la desdichada para no hacerla comprender la piedad que le inspiraba, sino que quedó allí inmóvil, sin hablar, únicamente para que la infeliz no quedara sola en aquel vacío sepulcral que se había hecho en torno suyo, como si se tratara de un cadáver ó de una cosa inmunda, de la que se escaparan miasmas pútridos, para que viese que no inspiraba horror, y que todavía no la rechaza todo el mundo. Y la desgraciada lo comprendió, porque se volvió á mirarla, y no una sonrisa, no, porque no podía sonreír; pero como un rayo pasó por sus ojos una expresión profundísima, como diciendo:

—He comprendido y te doy las gracias.

¿Qué importa que en la humanidad haya tanto egoísmo y tanta tontería?

Uno solo de esos actos lavaba á mis ojos de mil manchas; una sola de esas almas ilumina y borra el odio de su corazón y me hace abrir los brazos á mis hermanos. ¡Oh, buena y valiente «Quijotina!» Y cuando más pensaba, más la admiraba, comprendiendo que había fingido encontrar sucio su sitio para no dar á su acto la apariencia de una compasión.

* * *

Varios trayectos entre árboles despojados de hojas, bajo un cielo gris cubierto por una niebla sutilísima, y un polvo, entre el cual penetran las hojas caídas. Ningún pasajero conocido, pero en cambio muchos desconocidos, suben y suben á la *Carrozza di Tutti*, que me parece como un palco escénico de la ambición, y como un escaparate de la vanidad. Hombres notables ó deseosos de notabilidad, mujeres hermosas y *Apolos* que van al tranvía á ofrecerse durante horas y horas á la admiración de una media docena de conciudadanos, obligados á mirarlos mal de su grado y á llevarse en el cerebro la «negativa» de su imagen. Podrían escribirse algunos artículos acerca del arte de exhibirse en el tranvía. Hay quien para ponerse de relieve, atraviesa el carruaje desde una á otra plataforma; quien haciéndole parar le alcanza á paso lento para dar tiempo á los pasajeros de admirar sus gracias ó la majestad de su persona; quien en el acto de alzarse para tirar de la correa de la campanilla, busca «efec-

Carrozza di tutti.—Tomo II—12

tos» de ligereza ó de elegancia, como los actores y las actrices al levantarse de la poltrona para señalar la puerta de salida á un insolente. Hay algunos que van en el tranvía para demostrar su semejanza con hombres célebres. Había visto yo en una de las líneas un falso Víctor Manuel, un facsímile de Azeglio, una mala copia de Cialdini; pero no me hubiera pasado nunca por la mente que se pudiese ostentar con complacencia la semejanza con un bandolero. Vi este tipo una noche al entrar en un carruaje de la línea del Martinetto, en el cual estaba el cobrador Carlín. Una señora había salido fuera, y le miraba asustada desde la plataforma; otras tres que se quedaron dentro se habían agrupado en el ángulo opuesto y le observaban con desconfianza. Estaba envuelto en una gran capa española, bajo la cual parecía que escondiese un trabuco; llevaba un ancho sombrero cordobés, derribado sobre una oreja y bajo sus alas revolvíanse dos ojos que querían ser espantosos, y tenía una nariz criminosa y un bigote provocador. La sombra que proyectaba sobre su rostro el sombrero y la luz que bajaba desde lo alto del coche, daban á sus facciones muy marcadas el aspecto de una figura satánica. Volvía la cabeza lentamente como un autómeta, y fijaba sus ojos, dilatándolos tan pronto en uno como en otro de los pasajeros, que no acertaban á explicarse quién pudiera ser aquel tipo original. No podía ser un pobre diablo, porque su traje era lujoso y limpio. Las suposiciones entre los pasajeros eran diversas. Quién pensaba que era un evadido de presidio; quién creía que era un ladrón de la Calabria, de paso por Turín; un joven expresó la duda de que pudiera ser Jack el destripador.

—Una cara como ésta—dijo un viejecito con toda seriedad,—debiera prohibirse subir al tranvía.

Todos esperaban que bajase para verle mejor. Quedó satisfecha la curiosidad en la plaza del Castillo. Se levantó. No era muy alto. La amplitud del busto nos había ilusionado. Cuando salió á la plataforma, todos nos apartamos, y en aquel momento una sonrisa se deslizó por sus labios y reveló su secreto. Era sencillamente un pobre diablo que se servía de su cara para asustar á los pasajeros, armonizando con el rostro los vestidos y los andares, por el gusto estrambótico de causar terror en los tranvías nocturnos. Y aquel pequeño triunfo teatral de aquella noche era para él el alimento principal «de l'orgueil qui nous fait vivre», como dice Zola, porque de todas las pasiones humanas, es el orgullo la que gusta de cosas más disparatadas, y la que pasa más pronto del heroísmo al delito. Apenas bajó, comenzaron los comentarios en voz alta:

—Debe ser un loco—decía Carlín.

Una señora exclamó:

—Debe ser pariente del diablo.

Y otra, graciosa y elegantemente vestida, algo asustada, me dijo sonriendo:

—Es un socialista á punto fijo.

*
* *

He aquí un asunto para un cuadro de Giacomo Grosso; al día siguiente le vi en la calle de la Academia Albertina. En un carruaje cerrado hay,

una señora espléndidamente vestida de gran gala entre un grupo de pobres gentes, como una castellana que dá audiencia á sus esclavos. La miraban todos atentamente en silencio, como hubiesen mirado una obra de arte en un escaparate. No parecía tener más de veinte años; era hermosa y blanquísima, uno de aquellos rostros de señora de Turín, que sin aspecto mal determinado entre franco é itálico, en el cual ningún rasgo tiene una belleza absoluta, pero en que todos juntos forman una gracia exquisita. Parecía recién casada; vestida de paño negro recamado con un soberbio manto de nutria, con un sombrero adornado con plumas de avestruz y rosas encarnadas, y lucía en las orejas y en las muñecas verdaderas constelaciones de brillantes. Tenía tantas alhajas encima, que para algunos de los que la miraban, aquello hubiese sido un capital, un verdadero sueño luminoso, convertido en realidad. Su rostro, de un contorno un poco infantil, tenía un aire de ingenuidad tan admirable y discreto, que daba á sus mejillas la sugestión y la complacencia de ser admirada de aquel modo por los vecinos, expresando una modestia y una sencillez de ánimo tan graciosa, en medio de aquella gente, sin ninguna sombra de vanidad, y pareciéndome que no advertía siquiera la cesta de aquella anciana, que sentada al lado suyo la incomodaba, todo ello, hacía que los pasajeros la mirasen con una expresión manifiesta de respeto y simpatía. Y esto me hizo pensar acerca de lo que se dice del lujo, que ofende é irrita al pobre. Creí entonces que se debe atribuir más al modo vanidoso con que se ostenta, que no al lujo mismo.

Pero la escena era atractiva por modo especial, por las reflexiones diversas que se leían bajo la

simpatía y el respeto en los ojos de aquellos sus admiradores clarísimos, para mí, como si los viera escritos sobre su frente. La viejecita parecía hacer un estudio comparativo del precio del terciopelo y de la nutria con el contraste de la entrada y salida de su balance doméstico. La madre del niño, que parecía la mujer de un obrero, de aspecto fatigado, la miraba al rostro con el aire de quien piensa en la buena vida que aquella señora llevará levantándose por la mañana, sin sombra alguna de preocupación. Iba también una muchacha del pueblo que fijaba sus ojos en las orejas de la señora, como fascinada, y decían bien claro con su mirada que por llevar durante una hora aquellas dos estrellas, hubiera consentido alegremente en comer pan duro y fruta verde. Un joven obrero la miraba fijamente, y en sus ojos se adivinaba la voluptuosidad sobrehumana que debía dar el amor de aquella mujer semi-diosa, tan blanca, tan fina, cubierta con ropa tan olorosa y magnífica. Y en un ángulo había un viejo que la observaba con expresión alóntita, como si meditase en sí mismo sin comprenderlo, el gran misterio de las leyes sociales, que ponen tan enorme distancia entre una y otra criatura humana. Pero el que se la comía materialmente con los ojos más ávidamente que nunca, era el cobrador «Marqués», de pie, al lado mío, en la plataforma. Se alisaba los bigotes rubios con los dedos agitados y tomaba aire de señor, y se levantaba la gorra para pasarse la mano por la frente. Pero no consiguió llamar la atención de la hermosa, la cual miraba indistintamente á uno y otro lado, y á todos los pasajeros, con la mayor tranquilidad. En el ángulo de la calle Mazzini hizo parar y bajó. Todos los de dentro, movidos de curiosidad, sacaron las cabezas por las ventani-

llas para verla andar, y el desencanto fué tremendo... Era palizamba. Pues bien, casi en todos los rostros se notó una ligera sonrisa de satisfacción; hasta en la muchacha, que exclamó:

—¡Vaya una gracia!

Bien sabe Dios que no era aquélla una malignidad: era una pequeña consolación de los condenados. Había sido dotada por la naturaleza con tantos dones y era tan afortunada, que al menos resultaba un consuelo, sin que en su felicidad hubiese una mancha. Esto no igualaba la partida ciertamente; pero al menos parecía menos enorme la desigualdad. Todos se sintieron de nuevo poseídos del mismo pensamiento, y el Marqués, alzando la nariz como un perro de caza, se consoló como pudo de su mala fortuna: aspirando el perfume que había dejado en su marquesado.

*
* *

Efectos de un drama en un tranvía:

Fué uno de los últimos y más hermosos episodios de Noviembre. Durante la noche del domingo, el tranvía del Martinetto se paró en la calle del Pó frente al teatro Rossini, donde actuaba la

compañía Piamontesa, á cuyas representaciones vespertinas acudía numeroso público.

Un caballero subió á la plataforma seguido de un pequeño arrapiezo, y detrás de él su señora y dos señoritas. Como en el teatro se había representado aquella tarde un drama antiguo que hacía sollozar á Turín entero desde hacía quince días, pensé que aquel señor que pensaba al chiquillo en brazos le había cogido casi en la escena por un capricho; pero no, era un rapaz auténtico cogido en la puerta del teatro en el acto de la conmoción, por una familia burguesa, todavía lacrimosa, que lo llevaba por su cuenta y riesgo al barrio de San Donato, de donde había debido escaparse. Sentados todos, el padre se puso al muchacho sobre las rodillas con cierta ostentación provocativa de caridad cristiana y de ternura poética, y empezó á acariciarle paternalmente, mirando á los otros personajes, mientras las señoras le miraban con los ojos humedecidos, haciéndole muchas preguntas.

El padre y la madre tenían el aspecto de dos tenderos adinerados, pero de extracción humilde, á los cuales las hijas instruidas y despabiladas en el colegio, hubiesen tratado de dar una especie de educación literaria y sentimental. Estas, aun cuando un poco conmovidas, guardaban una compostura digna. Aquellos expresaban su aspecto de un modo un poco vulgar, pero sincero. ¡Extraño poder el del teatro! Los dos esposos veían verdaderamente en aquel muchacho, el protagonista del drama que corre por el palco escénico para ahorrar los pasos del amo bestial; el pobre montañés, que se ve vendido en el primer acto, martirizado en el segundo y restituído á la familia en el tercero, después de haber pasado por muerto y despertado las simpatías y la com-

pasión afectuosa de todos los espectadores. El chiquillo acogía todas aquellas caricias sin demostrar en su negra carita ningún asombro, acogíalas entre indiferente y triste, como si pensase que aquel viaje no era sino una fortuna de un momento y que toda aquella bondad no le libraría de levantarse por la mañana, antes de que apareciera el alba, para empezar á dar vueltas á la dura rueda de la vida. Dentro, algunos miraban la escena con simpatía; otros con una sonrisa un tanto burlona, porque aquella escena les parecía un poco teatral. Un caballero regordete que estaba á mi lado, tradujo en palabras aquellas sonrisas:

—Estos son perdidos que van á explotar el sentimiento del público á la salida de los teatros, para recoger el dinero.

Continuaban entretanto las preguntas y las caricias al muchacho, y no cesaron sino en la plaza del Estatuto, donde aquella familia quería bajar. El caballero lo besó, las señoras le acariciaron la barba, sin temor de ensuciarse.

—Pobre chiquillo.

—Acuérdate dónde vivimos.

—Mira que no te cojan estos cuartos.

El chiquillo se llevó la mano al pecho, sacó las monedas y las contó.

—¡Mire usted! ¡Mire usted!—dijo triunfante el señor gordo;—aprecia más el dinero que las caricias.

—Es verdad—contesté.—¡Ah, maldito Shylock! ¡Vil adorador del oro!

Y lo curioso fué que tomó mis palabras en serio, me creyó sincero y sonrió con satisfacción. ¡Perro, hijo de un perro! Es representante de una legión y me cree de su legión también.

Cuando bajó, me dijo en tono fraternal:

—Buenas noches.

Pero á mis labios acudió el saludo pisano:

«Tremoti á chi t'afetta il pane.»

*
* *

El tiempo, entretanto, aunque no hubiese nevado, recrudecía, y los tranvías corrían entre los árboles, y á lo largo de los caminos blancos de escarcha, como entre una maravillosa vegetación de filigrana, y bajo los hilos del teléfono y de las luces voltáicas, parecidos á haces de cordones de lana. Empezaban los cocheros y los cobradores á dar con los pies en el suelo y á echar humo por la boca.

Durante una de estas mañanas, sobrecogido por el viento frío en la calle de Garibaldi, tuve que meterme dentro del carruaje, donde me senté delante de la estudiante y de su padre. Estaba ella sentada en la esquina cercana á la puerta, blanca como la filigrana de los árboles y el bigote paternal, y su hermoso rostro de ángel imperterbable, invulnerable á las pasiones humanas, surgía con la gracia de un lirio, entre los pliegues de la negra mantilla que rodeaba su cuello. Su

padre estaba sentado con el busto alto y con el pecho sacado, como debía estar á caballo al frente de su regimiento. No se hablaban. Los ojos grandes y dulces de aquella niña miraban aquí y allá, como de costumbre, mirando á todos, como si no vieses á nadie, y yo pude figurarme, mejor todavía que otras veces, su cuerpo vestido de blanco, coronado de rosas, tendido entre cuatro cirios y con las manos cruzadas sobre el pecho virginal que no conocía el amor.

Antes que se llegase á la mitad de la calle, el carruaje estaba lleno en su interior, y reboaban las plataformas. Muchos la miraban; pero como de costumbre, parecía que no lo advirtiera. De repente se animó, sacudió vivamente la cabeza, sonriendo, como si saludase á alguien á través del cristal de la puerta; y vi una cosa extraña, impensada, increíble; una oleada de púrpura le cubrió el rostro hasta las sienes, y sus ojos centellearon una luz nueva, dulce, vivísima, que me hizo el efecto de un prodigio, como si en aquel momento se hubiese transformado de estatua de mármol en mujer de carne y sangre. Su padre había saludado también con una sonrisa y una mirada amistosas. Volvíme prontamente á la izquierda para ver á través de la ventanilla quien había operado aquel milagro; pero me encontré con un maldito vidrio colorado, con el anuncio de la «Quina Migone», que interceptaba la vista. Vi, sin embargo, por el aire, más allá de la puerta, un sombrero de copa que saludaba. Aquel negro cilindro no podía pertenecer sino á un joven, aquel joven no podía ser sino un amante, aquel amante no podía ser sino un prometido. Los ojos de ella, que quedaron fijos, parpadeantes, sobre la persona invisible, el carmín, que no desapareció por completo, y la boca en-

treabierta y parlante que denotaba el palpar acelerado del corazón, acabaron con mis últimas dudas. ¡La virgen muerta enamorada! ¡La virgen muerta esposa! ¿Era posible?

Y sentí una curiosidad tan viva por conocer á él, que poco faltó para que me levantara de pronto á mirar hacia fuera.

Pero no pude contenerme durante mucho tiempo; me alcé y toqué la campanilla antes de tiempo.

—Cualquiera que sea—pensé,—le conoceré su secreto en los ojos.

El tranvía paró, abrí la portezuela... y me encontré ante el pintor, cuyo rostro ruborizado explicaba toda la historia..

Hizo un movimiento de sorpresa, ruborizándose más, y balbuceó con sonrisa forzada:

—He de darle una noticia.

—¡No es preciso!—le contesté bajando;—la noticia la conozco ya, y me alegro; únicamente puede darme detalles.

Le dejé estupefacto. Era, pues, ella, la virgen misteriosa; ¡ella, la virgen muerta! ¿Quién lo hubiera soñado? Sin embargo, debía haberlo sospechado desde el día en que me hizo él aquella calurosa defensa de las estudiantes de medicina.

¡Era ella! El coloso se había enamorado de su espíritu.

¿Y por qué no? Era un matrimonio de antítesis. Era, de todos modos, una hermosa pareja. ¡La virgen muerta!... ¿Qué digo la virgen muerta? La visión había cambiado. La veía aún vestida de blanco y tendida como una muerta; pero con las mejillas purpúreas y con los brazos abiertos... En fin, no podía esperar nada mejor para mi oficio de observador capitoso, y volví á mi casa satisfecho.

*
* *

No debía acabar tan bien el mes de Noviembre. Terminó con un triste encuentro. Ocurrió el último día, el día de la muerte de la condesa Lara. La atmósfera estaba cargada de humedad, los árboles del paseo San Mauricio blancos por la escarcha, y el sol brillaba en el cielo gris, como un ojo enorme de un moribundo. Subiendo al tranvía que iba hacia el paseo Margarita, vi en el interior, á través del cristal de la puerta, el rostro del señor Taddeo, y le saludé. El me miró y no contestó á mi saludo. Al mirarle otra vez le vi tan demudado, que atravesó mi mente un pensamiento con la velocidad del rayo:

—¡La niña ha muerto!

Hacia la derecha, vi también el rostro de la señora, y el mismo siniestro pensamiento me asaltó de nuevo:

—¡La niña ha muerto!

Estaban pálidos, envejecidos, presos de una tristeza trágica, inmóviles, desesperados, con esa ex-

presión de estupor infinito que algunas veces expresa el rostro de los cadáveres. Mi primer pensamiento fué casi de terror; una tentación de bajar de repente, para no verlos, para no saber. Pero me retuvo una esperanza: que alguna otra desgracia se hubiese abatido sobre ellos; la pérdida de su fortuna, la muerte del padre ó la madre, un espanto mortal por haber corrido algún peligro tremendo. Era posible que la niña estuviese en el carruaje, no entre los dos, como de costumbre, sino á la izquierda de la madre, en un sitio que desde el mío no podía ver.

Pero aunque no debiese dar sino un paso á la derecha para comprobarlo, no tuve el valor de hacerlo, como si hubiera temido ver al lado de ella, en vez de la muchacha, un pequeño ataúd. Sin embargo, ¿cómo era posible? Recordé la última vez que la había visto, poco tiempo antes, tan hermosa y alegre, admirada por todos, esplendente de salud y de regocijo, entre sus padres triunfantes. Aquel recuerdo, dándome ánimo, hizo que levantara la cabeza. ¡Ah! no vi el ataúd; pero es como si lo hubiese visto: sobre las rodillas de la señora había un gran ramo de flores, y esas flores ¡eran siempre vivas! Pensé, sin embargo, con viva ansiedad, que si no bajaban en la plaza del Benne, que era el camino del cementerio, quizá no hubiese ocurrido la desgracia que yo imaginaba. Pocos minutos duró mi expectación; pero me pareció muy larga. Tenía los ojos fijos en los suyos y me palpitaba el corazón. El tranvía desembocó en la plaza y dió la vuelta hacia el paseo Margarita.

—Vive—pensé.

Pero en aquel mismo momento, el padre se levantó con un brazo en alto, y oí el ruido de la campanilla, que me llegó al corazón, como res-

pondiendo á mi pensamiento. El tranvía paró: los dos desventurados pasaron por delante de mí. Miróme el padre y me reconoció. No me atreví á ludarlo. Me dió una mirada torva y me dijo con voz áspera:

—¡Se ha muerto!

La madre pasó sin mirarme.

CAPITULO XII

Diciembre.

El nuevo mes me dió nuevo sudor para hacer trayectos en todas las líneas, á caza de personajes y aventuras, ilusionado por la esperanza de que, una vez ayudado por la fortuna, podría acabar mi libro con escena de novela, y pensaba ya en realizar la tentación que me asaltaba de hacer el último capítulo puramente de fantasía, si me daba chasco la fortuna. Incurablemente enfermo de romanticismo, y atormentado por el deseo de quitar á la naturaleza con su salsa picante y de presentarla en forma arquitectónica, como los ramilletes de los pasteleros, iba á olvidar por un momento el designio que me había trazado, de pintar la vida real tal y como aparece en calles y plazas.

Pero aquella intención duró pocos días, y el ardor de investigar acabó por medio de una de aquellas solemnes nevadas turinesas que hacen entrar de nuevo en el pecho los propósitos poé-